

INAUGURACIÓN DEL MUSEO SPEGAZZINI

El 26 de abril del corriente año tuvo lugar, en la casa que fuera habitación del testador, la inauguración del Museo Spegazzini.

Como lo explica el documento que se agrega en nota ¹, el doctor Carlos Spegazzini se propuso al disponer este legado, crear un organismo más que respondiera, también, a una de las finalidades que comprende el plan de investigaciones del Museo de La Plata. Para que los continuadores de su obra pudieran lograrlo, dispuso que además de las colecciones botánicas que lo forman, se agregaran : el instrumental indispensable, las revistas, libros, folletos, y, como complemento, el mismo edificio en el cual los reuniera y conservara durante su prolongada vida de estudioso.

Asistieron al acto de la inauguración la familia del doctor Spegazzini, el presidente de la Universidad, doctor Ramón G. Loyarte, el decano de la Facultad de Agronomía, ingeniero Alejandro Botto, y un numeroso público en el que se encontraban los profesores doctores Ángel Cabrera, Roberto Lehmann-Nitsche, Walter Schiller, Horacio Arditi, Max Birabén, Alfredo Calcagno, Roberto Dabbene, Emiliano J. MacDonagh y el secretario del Museo don Maximino de Barrio.

Los discursos fueron iniciados por el profesor José F. Molino, en nombre de los herederos, y luego de terminada la ceremonia la concurrencia visitó las distintas dependencias, las que próximamente serán objeto de una reforma importante que las habilite debidamente para el fin que tendrán en adelante.

LA DIRECCIÓN.

¹ « Dejo la finca dos (calle cincuenta y tres número cuatrocientos setenta y siete) al Museo de La Plata, con la condición *sine qua non* de transformarla en un instituto de botánica que llevará mi apellido ; dejo al mismo Museo todos mis libros, mis instrumentos científicos, mis colecciones, bajo el mismo concepto y objeto. Todos los demás libros literarios o científicos que no sean botánicos, pasarán a la biblioteca general de la Universidad menos los que desearan conservar mis hijos por mi memoria. »

DISCURSO DEL PROFESOR JOSÉ F. MOLFINO

Señor presidente de la Universidad,
Señor director del Museo de Historia Natural,
Señoras y señores :

Es para mí una misión altamente honrosa la de venir a cumplir la voluntad póstuma del doctor don Carlos Spegazzini, haciendo pública entrega a la Universidad nacional de La Plata y a su Museo de Historia natural, de la residencia particular, las colecciones botánicas, la biblioteca y el instrumental científico que pertenecieron al ilustre sabio. ¡Grande y elevado pensamiento, señoras y señores, el que guiara a tan preclaro espíritu, en un rasgo único hasta ahora entre nosotros, a donar en conjunto todo su acervo científico y buena parte del privado, a la organización intelectual más conspicua de esta ciudad platense, donde transcurrió más de dos terceras partes de su luminosa existencia y donde se dejó sentir su vigorosa acción docente y penetradora de los misterios de la naturaleza vegetal argentina!

No es sólo un motivo de satisfacción para el que habla dar cumplimiento al mandato conferido y que significa la incorporación de un nuevo centro de investigación a las actividades científicas del renombrado Museo de La Plata, sino que hay en ello una condición especialísima que trae una emoción particular en este momento. El nombre de Carlos Spegazzini, bajo cuyos auspicios espirituales ha de desarrollarse esta institución y donde espero se ha de continuar su excelsa obra mediante la formación de un cuerpo de botánicos argentinos, despierta en mí el recuerdo de otras horas pasadas al lado del que fuera ilustre y virtuoso maestro en la ciencia y en la vida. Y ninguna oportunidad mejor que ésta, en que estamos reunidos autoridades civiles y universitarias, docentes e investigadores, ex discípulos y noveles alumnos, deudos y amigos, para elevar un respetuoso recuerdo a quien, dotado de vasta ilustración y espíritu superior y que, por sus condiciones de maestro, de naturalista profundo y avezado, de hombre de bien a carta cabal, supo dejar este precioso legado, material y espiritual, que hemos de saber comprender como el mejor homenaje rendido a la memoria del hombre que hizo de la ciencia el culto de su vida y dió a la humanidad un ejemplo de elevada moral.

Por lo que a mí se refiere, Spegazzini fué el maestro-guía, estímulo y recompensa; el aliciente de mis buenos éxitos; el propiciador de mi destino; desde el fondo de mi corazón alienta y alumbra siempre mi camino, como si de su paternidad sintiera perennemente el albergue generoso de su obsequiosidad y altruismo desbordante, el ala sutilmente acaricia-

dora. Con justa razón dijo Pasteur : « Hay en la juventud de todo hombre de ciencia un día inolvidable en que ha conocido, a pleno espíritu y a pleno corazón, emociones tan generosas y se ha sentido vivir con tan singular mezcla de reconocimiento y posesión, que el resto de su existencia ha de iluminarse desde entonces y para siempre; ese día es aquél en que ha conocido, por vez primera, al hombre a quien debe sus entusiasmos, cuyo nombre no ha cesado de aparecersele en una irradiación pura de reviviscencia y de gloria; ver así un día a estos iluminadores del alma, oírles, hablarles, sentirse cerca de ellos, confesarse guardar su culto, decirse su discípulo y no considerarse indigno de todo ello, cualquiera que sea el momento y la fortuna de su carrera. ¡Cuán trascendental aquel instante y qué de emociones en pos de su conocimiento y su favor! »

Tal fué para mí, señoras y señores, aquel día en que sorprendí a Spagazzini, once años ha, dictando una clase al aire libre en el parque adyacente a la Facultad de Agronomía y Veterinaria de esta ciudad. Era aquél un cuadro digno del pincel de un artista : los alumnos se agrupaban en su derredor escuchando una clase práctica. El venerado maestro, vestido con su sencillez característica, cubierta la cabeza con aquel su legendario sombrero montañés, erguido con simpática expresión entre las cabezas juveniles que, intranquilas pero atentas, miraban hacia él, veíase seguir aquella mano delicada y sutil que abría y mostraba una pieza de estudio, segura de su arte, escogiendo los órganos con soberana limpieza, evitando escollos con táctica consumada, previéndolo todo con la fina penetración de su saber, discurriendo siempre, distrayendo de vez en cuando la atención con rápidas digresiones o con la expresión de alguna fina ironía, mientras su mano, guiada por el instinto, perseveraba en la tarea, efectuando con la palabra y el saber una delicada armonía, cuyo insinuante encanto todavía me halaga. Ese cuadro vive en mí como el más caro de mis recuerdos. Aquella genial figura será evocada siempre, con todos sus rasgos originales, como un timbre de honor para esa Facultad y para esta casa, y transmitirá continuamente una llama de entusiasmo por la ciencia fitológica, que fué su orgullo y cuyo cariño se transfundió en mí en aquellos momentos con más fuerza y más fe que las que hasta entonces se me habían arraigado.

Después de aquella escena vino la vinculación personal y profesional, la mutua confianza, el fervor amistoso, el intercambio de impresiones y de materiales para los trabajos emprendidos por ambos y, por último, mi entrada en el seno de su hogar, para culminar con el honor de pertenecer a su familia y de ser designado intérprete de su postrera voluntad.

Señoras y señores :

No voy a volver a ocuparme de la vida y de la obra científica del maestro Spegazzini porque ya lo he hecho, especialmente solicitado, desde las páginas del *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba* y de los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, en trabajos que muchos de los presentes conocen; y, además, el señor director del Museo, doctor Torres, y el señor jefe del departamento de Botánica, profesor Scala, van a referirse en seguida a tan fulgurante personalidad. Sólo quiero, para terminar esta misión, suministrar algunos informes relacionados con la donación en sí.

El acervo científico legado por el doctor Spegazzini, fundamental para todo trabajo que se emprenda sobre la flora argentina, significa la consagración de medio siglo de vida a la investigación científica y está constituido por los materiales que le sirvieron para sus trabajos y fueron motivo de más de doscientas publicaciones botánicas y fitopatológicas. En las modestas estanterías de la sala de esta casa solariega, tan conocida por los naturalistas argentinos y por los extranjeros que llegaban a nuestras playas, se encuentran las fanerógamas y los hongos de sus entusiasmos juveniles, allá en las montañas y los valles de Venecia donde, adolescente todavía, trabajaba y publicaba bajo la vigilancia del gran Saccardo; están las primeras colecciones hechas apenas arribado a esta su nueva patria; figura el célebre herbario fueguino de la expedición Bove, salvado en parte del desastre de bahía Slogget, y en parte rehecho más tarde; su admirable y verdaderamente « única » colección de hongos, formada por más de diez mil especímenes, todo un tesoro científico por el cual instituciones extranjeras han ofrecido ingentes sumas de dinero, y que reúne los ejemplares tipos de cerca de dos mil entidades taxonómicas; las series de vegetales de Patagonia, producto de sus viajes y de las colaboraciones, materiales que constituyen los fundamentos de su mayor gloria fanerogámica; las colecciones de plantas superiores hechas durante sus excursiones y exploraciones por todos los ámbitos de la República; sus Cactáceas predilectas; las Laboulbeniales argentinas e italianas que le convirtieron en autoridad mundial sobre tan particular grupo de micrófitos. Todo ello cuidadosamente guardado en forma, por cierto, bien condensada, y celosamente rotulado; en el mismo papel del sobre que contiene los honguillos suele leerse, en la mayoría de los casos, la descripción original o complementaria de la especie; hay envoltorios de pequeño volumen, que caben en un bolsillo y que encierran los testigos admirablemente ilustrados de toda una monografía de más de cincuenta micromicetes distintos; y pasando al herbario fanerogámico, leyendo el marbete que acompaña a cada ejemplar puede seguirse todo su minucioso trabajo sobre las Acacieas argentinas. Y, así como estos ejemplos, muchos otros.

La biblioteca spegazziniana incluye más de cinco mil números bibliográficos, con obras de tanta importancia como el *Sylloge fungorum*, de Saccardo — único ejemplar completo en Sud América — y una gran cantidad de separados de las revistas y efemérides botánicas más afeadas del mundo, cuyos autores mantenían vinculación con el insigne naturalista y muchos de los cuales conocían nuestro país sólo a través de sus trabajos.

Señoras y señores :

En nombre de la señora viuda y de los hijos del ilustre botánico, y en el mío propio, todos concordes en la fiel observancia de las disposiciones testamentarias pertinentes, a despecho de tentadoras ofertas pecuniaras o de insinuaciones de desconfianza sobre el posible incumplimiento de las mismas, me es grato hacer pública entrega al señor presidente de la Universidad y al señor director del Museo, del caudal científico y de la finca donada para la fundación del Instituto de Botánica «Spegazzini», con la convicción de que tales disposiciones serán cumplidas en su letra y en su espíritu, y de que la voluntad del generoso donante será bien pronto una bella realidad, para honor de todos y gloria de la ciencia nacional.

He dicho.

DISCURSO DEL DOCTOR LUIS M^a TORRES

Señoras,
Señor presidente,
Señores profesores,
Señores :

Por un ideal de alta cultura y de hondo sentimiento de afecto por el país, el preclaro naturalista que fué en vida Carlos Spegazzini, fundó este nuevo centro de investigaciones botánicas, después de haberle impreso la especialidad que lo hará destacar entre los de su género por su valer científico altamente apreciable.

Verlo constituido y en vías de iniciar el desarrollo adecuado de sus tareas, es el motivo que nos reúne en este recinto, convertido desde hace poco en dependencia activa de la Universidad nacional de La Plata y su Museo de historia natural y, como lo dejara establecido el donante, exclusivamente destinado, con los admirables elementos reunidos de ejemplares de herbario y de rico fondo bibliográfico, como instrumento preparado para las más completas investigaciones sobre la especialidad.

Señores : la vida de Carlos Spegazzini, como la de otros ilustres ex-

tranjeros que han contribuido a la formación científica del país en un sentido elevado, no presenta incertidumbres que impresionen al biógrafo, ni misterios que extravíen la opinión.

Fué, ante todo, el estudioso que advirtiera la presencia de verdaderos problemas en las disciplinas biológicas y que, en consecuencia, tratara de resolverlos con acierto y mediante excelente información. De una ilustración poco común en los campos de la botánica, química, filología, etnografía, etc., fueron conocimientos que lograba armonizar gracias a su espíritu de gran maestro.

Los señores profesores que harán uso de la palabra, en este momento de homenaje a su memoria, formularán el juicio justiciero respecto del hombre de estudio, del maestro y amigo, con afirmaciones muy precisas del significado que, para el Museo de La Plata, tiene el magnífico acto de desprendimiento que ha dado motivo a esta ceremonia. Ese acto de desprendimiento, que tanto enaltece la obra del esclarecido maestro podemos considerarlo — sin temor de incurrir en excesos — para nuestro medio intelectual y social y para el momento presente, como acto realmente excepcional.

Sin olvidar la serie de actos análogos, de diversa importancia, de muchos de nuestros colaboradores y aun del público que ha visto con vivo interés el desarrollo alcanzado por el Museo en estos últimos tiempos, — como lo exteriorizara la extinta señorita Victoria Aguirre en varias ocasiones y que repetidas veces hemos recordado con profundo agradecimiento — la donación Spegazzini figurará en la historia del Museo después de la donación Moreno que, como bien lo sabéis, constituyó el núcleo inicial de la formación de este Instituto.

Y sin que pretendamos comentarlo en estas circunstancias con el criterio que puedan tener los intereses directamente favorecidos, el pronunciamiento de última voluntad de Carlos Spegazzini debe atraer, sin disputa, toda nuestra admiración agradecida.

La intención del que en estos momentos hace uso de la palabra está puesta al servicio de los mismos ideales que invocara y practicara el donante en cuantas ocasiones lo hemos visto entregado a la elaboración de la parte de ciencia y docencia que le tocara en suerte desempeñar, queriendo expresar con ello que cuidará esta feliz iniciativa en cuanto corresponda a las resoluciones que tiendan a convertirla en un eficaz instrumento para las futuras investigaciones micológicas y aun florísticas en general.

En nombre de las autoridades de la Universidad nacional de La Plata, declaro inaugurado el Museo Spegazzini y, al congratularnos por hecho tan auspicioso para la ciencia nacional, no debemos olvidar la participación que, para verlo cumplido y puesto al servicio de los estudiosos, han tenido también los herederos del doctor Spegazzini.

DISCURSO DEL DOCTOR AUGUSTO SCALA

Señor presidente,
Señor director del Museo,
Señores profesores,
Señoras,
Señores :

Desde el instante en que la Universidad de La Plata aceptara el generoso legado del doctor Carlos Spegazzini, contrajo un doble compromiso : de gratitud hacia el ilustre donante, el primero, por el valor intrínseco de la donación y por el noble pensamiento que la informó ; el segundo de orden científico, cuyo valor sería inútil ponderar en este instante, pero que es un factor de progreso indiscutible para nuestra institución, cuya empresa *pro scientia et patria*, campea desde hoy al frente de esta casa, convertida, después de haber sido cálido hogar y refugio espiritual del modesto cuanto ponderado obrero de la ciencia, en laboratorio fitológico, por su expresa voluntad.

Es grato a nuestro espíritu, y a todos los que hemos tratado de aportar nuestro esfuerzo al engrandecimiento de nuestra Institución, comprobar que ellos tienen una pública sanción que no queremos callar, aunque se nos tachara de inmodestos, y es que esta Universidad, por la obra cultural realizada, traspone los límites de su recinto y se convierte en bien público, ya que el público la ha descubierto y, celoso de su existencia, le lleva el ambicionado estímulo de su aplauso y el muy significativo de su contribución práctica en forma de donaciones, legados y herencias, que obligan al reconocimiento de sus autoridades y de los miembros todos de la misma : Carlos Spegazzini, Victoria Aguirre, María de la Cruz Inchausti, cuyos nombres quedarán ligados para siempre a la obra común explicándola, justificándola y haciéndola querer y respetar.

Ayer mismo nos ha sorprendido María Inchausti con su regio presente de más de tres millones : tierras, dineros, joyas, vinieron a darnos la grata nueva de que los indiferentes de ayer son los entusiastas de hoy, porque han comprendido nuestro apostolado.

En nuestro ambiente, no preparado aún para tales actos, no por indiferencia sino por desconocimiento de la acción poderosa que puede desarrollar la Universidad como depositaria de la cultura y del culto nacionales, seguirán muchos otros el ejemplo de estos *pioneers* y, por la senda abierta, muchos otros comprenderán que sus riquezas tienen y pueden cumplir una amplia misión educadora.

No ha creído el doctor Spegazzini legarnos una obra concluída y perfecta, que sólo su sabiduría y sagacidad habría llevado a feliz término,

si la muerte, ciega como la suerte, no lo hubiera sacado violentamente de su mesa de trabajo. Pero pensó de seguro que su contribución, salvaguardada por la Universidad y por el tradicional Instituto del Museo, para quien la destinó, sabrían cumplir su justa aspiración de verla honrada y aprovechada por todos los estudiosos.

Y la Universidad, respondiendo a ese íntimo pensamiento y escuchando también el nuestro, ha resuelto reconstruir totalmente el edificio para darle la amplitud necesaria al futuro desarrollo de esta nueva e importante sección de su organismo. En tal forma, llegará a constituir con el tiempo un departamento de inmenso valor para la ciencia botánica, tanto fanerogámica cuanto criptogámica; pero es indudable que el material micológico rico y copioso, como podrá juzgarse recorriéndolo aun a la ligera, concienzuda y amorosamente acumulado, estudiado y descrito por él, insigne micólogo de fama mundial, será la Meca de los especialistas del mundo entero que llegarán a este hoy modesto e incipiente laboratorio que, como el diamante incrustado en la roca madre, brillará con luz propia cuando se le ponga en el engarce que merece.

Aunque parezca extraño, muchos son los cultores de la botánica en nuestro país. Esta ciencia, amable por excelencia, como la hemos llamado en otra oportunidad, tanto extranjeros como argentinos han hecho y hacen culto de ella, entre éstos el ilustrado fitólogo doctor Spegazzini, desde que llegó al país, allá por 1880, ya conocedor competente en íntima comunidad de pensamiento con los célebres Beccari y Saccardo (cuya magna obra forma parte de su legado y no se conoce de ella sino otro ejemplar, en la biblioteca del laboratorio particular del doctor Hicken), al llegar al país, repetimos, lanzó una exclamación de franca admiración al contemplar el magnífico espectáculo de nuestra flora y, vencido por su belleza incomparable fué desde entonces, y durante casi medio siglo, su cultor constante e inteligente. Le sorprendió la muerte en este mismo lugar, oficiando en el altar de su diosa: nuestra flora indígena.

Es a la dedicación constante y callada de estos obreros de la ciencia botánica, a quienes se debe el floreciente estado de tales estudios en la República, con la acumulación de verdaderos tesoros bibliográficos y material de estudio: tales las bibliotecas y los grandes herbarios de dos botánicos argentinos: Hicken y Lillo, que destinaron todos sus bienes a estas adquisiciones, y han acumulado para los que vengan riquezas insospechadas. Spegazzini comprendió el valor que sus colecciones tendrían para el país de su predilección y, a pesar de ofrecimientos tentadores, no quiso enajenarlas.

En su aparente sencillez, el acto de hoy constituye todo un símbolo: gracias al gesto del eminente botánico se ha iniciado una nueva era de progreso en la ciencia botánica argentina.